

La tecnología de la palabra y la IA: Una frontera en movimiento

Flor Alejandra Gómez Contreras



La tecnología de la palabra y la IA: Una frontera en movimiento

Flor Alejandra Gómez Contreras

Instituto Superior de Investigación y Docencia para el Magisterio (ISIDM)
Secretaría de Educación Jalisco

El espíritu de la Modernidad brilla en uno de sus tantos prismas, ése que ve con un optimismo rampante cada avance tecnológico, donde el *progreso* es sinónimo del perfeccionamiento humano. Uno de sus más consistentes destellos es el *mínimo esfuerzo* como moneda de cambio para sostener el sistema mundo. Esta consideración es la bóveda que cobija un argumento: las cualidades operativas del ChatGTP interesan más desde el *homo faber*, que desde el inmanente perfeccionamiento de lo humano con que son percibidas.

Entonces, esa esperanza hacia un futuro sostenidamente promisorio se ha instalado desde la incipiente industrialización de la escritura que encuentra un origen en los signos mnemónicos (quipus para contar los bienes almacenados o caracolas en cierto acomodo que recuerdan los momentos en los antiguos rituales por parte del oficiante), arcilla sobre piedra o cincel y martillo (Gelb, 1976). Asumir que la tecnología *nos salva* es una clave que pervive en el presente, donde el adverbio *hoy* se desvanece y actualiza permanentemente; es una palabra sin significado por sí misma; una *deixis* (Benveniste, 1987) recurrente en frases como *actualmente contamos con una herramienta.... Las tendencias al día son...*

Nunca hay un *presente* en cuestiones de tecnología para la escritura; es una frontera en movimiento; siempre estamos en un *mañana*, porque “Se trata del saber social abstracto transferido a las máquinas y objetivado en capital fijo” que se traduce “como

potencia «materializada del saber»” (Blondeau O. , 2004, pág. 35), lo que más que una oposición *presente/futuro* atisba una conclusión: la escritura y sus rudimentos tecnológicos son *bienes*, y por ende, la acción de escribir es una parte de ese todo. Dicho francamente, *escribir se convierte en mercancía*; una divisa de intercambio, sea para el prestigio cultural de la literatura instituida y occidentalizada que alimenta el ejercicio estético del *leer te hace más culto*, o para la entrega del amanuense en la resolución de una diligencia jurídica.

Todo escrito como *producto* es impensable sin el tinglado tecnológico; centro de interés de este artículo y que desde el recuadro de la economía de mercado, comparte similitudes con las condiciones de producción (Haidar, 2000) de cualquier banda transportadora en una fábrica, pues entre quienes conforman la cultura alfabética, manan textos interminablemente que se almacenan, transportan y llegan a un destino final. Ante este fenómeno, se dispone del concepto *cognitariado* que como categoría “recorre todo el proceso de transformación productiva, tecnológica y social de la modernidad tardía” (Berardi, 2003, pág. 96). En más palabras, se trata de “la forma general de la inteligencia humana en su convertirse en fuerza productiva, en la esfera del trabajo social global” (pág. 97), en donde se han encarnado la escritura y sus extensiones tecnológicas (Yehya, 2008).

Esa afirmación se amalgama con el hecho de que dominar el código escrito, *tiene un costo* por la inversión que se emprende desde el currículum para lograr los grados de aceptabilidad expresiva, sea entre quienes producen textos escolares para ser evaluados, informativos en los circuitos de divulgación, manuales técnicos en la industria, documentos ejecutivos para la operación de las organizaciones, comunicaciones oficiales en la operación del Estado o contenidos para marketing en la sociedad de consumo.

En la esfera exclusiva de la producción del conocimiento, la tecnificación de la escritura cuenta con una acción precursora: la alfabetización académica, que implica una contradicción entre la fuerza individual del sujeto escribiente (Kerbrat-Orecchioni, 1986) y la tradición instituida del discurso científico (Foucault, 1992) a la que se suman, más rudimentos para el logro de los *productos*, como el uso de Mendeley Web o Sotelo; ambas centradas en *adiós a los problemas de la bibliografía*, eslogan que trivializa la diversa naturaleza de las publicaciones que habrán de escudriñarse para consolidar un

marco teórico, pero que se simplifican a favor, exclusivamente de *citar correctamente* para *no perder tiempo en eso*, lo que genera confusiones y sus posteriores acciones compensatorias, como aclarar a los alumnos que SciELO, no es una revista y recordar que *no todo está en Internet*. Podría hablarse de una conducta lingüística tecnologizada, para la cual, las fronteras enunciativas se borran, los fragmentos copiados y pegados son percibidos como un bien común donde la WEB es un monolito indivisible o mosaico en que conviven infocomerciales y artículos indexados sin criterios de rigor: *lo vi en Internet* como corolario.

La cátedra de la escritura en la educación superior experimenta entre sus agentes una crisis, quienes se autoperciben amenazados por la potencialidad de la IA. El valor atribuido a las nuevas herramientas sucede en todas las fases educativas, por eso se discuten en este artículo los efectos del automatismo para hacer posible el encuentro de *otras lecturas* como el libro en papel aún no digitalizado, la escritura a mano y la impresión en papel de manuscritos para la última corrección de un entregable.

Parte de esta realidad es la generación de un conocimiento que: “ha quedado atrapado en la industria del conocimiento basada en la ‘titulometría’ y la ‘bibliometría’, medidos desde discursos empresariales de la productividad, la internacionalización y la calidad” (Mejía, 2022, pág. 55), impensables también, sin la mediación tecnológica y el tránsito a la absoluta digitalización de los circuitos editoriales para la ciencia.

En la vida cotidiana, el intercambio de mensajes implica software, por ejemplo, el WhatsApp, lo que comprueba una vez más la integración indisoluble de la tecnología/ escritura y como se verá líneas abajo, el peso de la expresión oral, por ejemplo, en las notas de voz, pero que va más allá de ser un simple vehículo, en tanto tiene lugar una mutua interdependencia donde la escritura se aclimata con las formas de lo verbal-escrito (Gómez, 2013) y el corrector de estilo *aprende*. El mejor caso es el vigoroso uso de los silabogramas (Gómez, 2013): *NTP*, *BD* o *vdd* cuyas formas plenas *no te preocupes*, *buenos días* y *verdad* pueden legitimarse con un clic en el corrector del WhatsApp, en una interacción máquina-humano; desde este ángulo, ChatGTP, no es nada nuevo; el cyborg ya tiene un significativo tramo recorrido.

Estas realidades se enmarcan en la categoría *tecnología de la palabra* (Ong, 1987) pero como intenta vislumbrar este artículo, ya formaban parte de nuestro devenir, por lo que

no es atribuible exclusivamente a las nuevas inteligencias; más bien es un continuo del que somos un vector más.

La automatización de los productos postindustriales además de ser un activo material, es un capital intangible por su impacto esperanzador de hacer más fácil la escritura, lo que entraña una percepción de que poner las ideas en *blanco y negro* es una tarea ardua y con frecuencia, indeseable. Será porque:

Para una cultura oral, aprender o saber significa lograr una identificación comunitaria, empática y estrecha con lo sabido, identificarse con él. La escritura separa al que sabe de lo sabido y así establece las condiciones para la “objetividad” en el sentido de una disociación o alejamiento personales. (Ong, 1987, pág. 51)

A esta *disociación* se suman las herramientas que trasladan parcialmente la práctica humana de la escritura a la máquina en el entorno insoslayable del capitalismo informacional (Blondeau, y otros, 2004); escritura hecha mercancía circulante, como ya se anticipó. Ahí tienen lugar procesos de desposesión del dominio lingüístico (Maturana & Varela, 1996) por acumulación de herramientas y desarrollos. Esto se refiere a una onda expansiva de oferta de paquetes (Microsoft/Apple/Android) en donde a mayor capacidad de compra, mayor equipamiento/uso/producción/circulación de esos rudimentos y por ende, crecimiento de una periferia excluida de esos bienes.

Las metáforas cotidianas (Lakoff & Johnson, 1995) encierran posturas que se cristalizan bajo la premisa de que *escribir a mano* es regresar a la Edad de Piedra, o que la analogía *tallar el lápiz* habría de deconstruirse por obsoleta; hechos semánticos de un candor similar a impulsar acciones que dejen de llamar *pluma* a la *pluma*, y “actualizarnos” con *bolígrafo*. Esta andanada “renovadora” del léxico (Leech, 1977), desdice las paulatinas y, parsimoniosas transformaciones de la lengua, de las que da cuenta la morfología (Bosque, 1982) por tratarse de cambios lentos, francamente, arqueológicos (Foucault, 2002), —que no deben confundirse con las etimologías grecolatinas— por no tratarse exclusivamente de una obsolescencia espontánea de las palabras (*faxear*) o inducida *amsiedad*, ejemplo del lenguaje Chems o *trabajación*, muy generacional. Tampoco de la “ingenuidad de las cronologías” (pág. 40), como si se tratara de una línea del tiempo homogénea para todas las palabras. Los ritmos del significado son intrincados y la estructura conceptual como *matriz de rasgos en oposición* (Jakendoff,

1990) que habita en la palabra (su imagen mental) se instala civilizatoriamente, por lo que la primera entrada del diccionario (acepción) es la superficie externa de múltiples recubrimientos (Lara, 1997); borrar una palabra de los *diccionarios sociales de uso*, conjurarla o invisibilizarla, no borra su existencia, ni diluye sus condiciones de producción/emergencia (Haidar, 2000) ¿hasta dónde tendrá capacidad de aplicar estos valores la IA?

Sin embargo, este traslado de operaciones de lo originalmente humano a lo mecánico no transforma en esencia la razón de un sistema de inscripción (definición amplia de escritura) ni sus intrincadas reglas operativas; más bien asistimos una transformación en doble vía donde la tecnología nutre las prácticas de escritura y éstas, corresponden en similar proporción a las extensiones tecnológicas. La IA no sustituirá actores, ni suplantarán agentes, estamos ante una dialéctica constante y un metabolismo en marcha, aunque se vive un sensacionalismo sobre la pérdida de oficios, las crisis de las agencias laborales y en la pedagogía, la suplantación del docente, por ChatGTP.

Este artículo sostiene que la IA se suma a un continuo de acciones que coadyuvan la práctica de la escritura, de la que permanecerá un centro imperturbable netamente humano; hablamos de que la voluntad, lo axiológico y la decisión de lo que se enuncia es una parte en donde otra fuerza mueve los textos que producimos, esto se refiere a las tensiones en equilibrio y desequilibrio que organizan el lenguaje más allá de nuestra intención de uso; este enfoque habrá de concebir las lenguas como sistemas abiertos que se desordenan y recuperan un relativo equilibrio por sí mismas. Enfoques que encuentran en la teoría del caos (Bernárdez E. , 1995) y los modelos autopoieticos (Maturana & Varela, 1996) la posibilidad de desmontar la estructura fundante de un texto para dar cuenta de sus relaciones internas, como la cohesión (van Dijk, 1998), la organización informativa (Fuentes, 1999) o la evolución interna (Bernárdez, 1982) desde las cuales se explica que la unidad llamada *texto* está anclada en una dimensión mayor como cuerpo en constante crecimiento (*discurso*) es un complejo metabolismo, que en dado momento, la IA transcribiría, no crearía.

Las unidades, aún las más mínimas del lenguaje (fonema) concurren entre sí, con lo que se alteran sus trayectorias, lo que transforma significados en ciclos de vida y muerte semiótica, cuando algo deja de significar.

Estas formas de explicar el lenguaje son incompatibles con una ideología pragmática que ve en el ChatGTP una “amenaza” por su capacidad para “hacer un ensayo si se le dan las instrucciones adecuadas”; es innegable esa potencialidad de la herramienta, pero también, que ese argumento trivializa la centralidad de *vivir el proceso* de escritura: el impulso comunicativo, la delimitación del tema, una premisa generadora, los candidatos léxicos, la expansión de los párrafos, la negociación con el boceto, la relectura y corrección; *ahí* reside el sentido profundo de *hacer un ensayo*, no en el eficientismo reduccionista del resultado que nos regresa a la herencia de la competitiva modernidad: *Más rápido, más alto, más fuerte* en el entorno escolar, por lo que conviene deslindar dos conceptos:

Comenzaré proponiendo una diferenciación entre *literacidad* y *alfabetización* o *lectoescritura*. No son términos intercambiables [...] *alfabetización* suele limitar su significado al aspecto mecánico y técnico de codificación y decodificación de símbolos gráficos en el ámbito educativo, la *literacidad* hace referencia a la práctica social de lo letrado en cualquier contextos sociocultural. (Zavala, Niño-Muercia, & Ames, 2004, pág. 438)

Al igual, escribir tiene esas dos caras: la primera, unir un conjunto de palabras y regirse por las reglas del lenguaje y la segunda, hacer sociedad con la escritura.

En este ambiente que da valor a la instrumentalización de una escritura fusionada con la tecnología como la “última revolución”, el presente trabajo asume las categorías *diacronía* —entendida como la evolución interna del texto— y *cohesión textual* —formas que hacen que un conjunto de oraciones sea algo más que frases alineadas— (van Dijk, 1998), así como *continuidad de tópico* —cadenas de temas, subtemas y planos informativos— (Fuentes, 1999) en el marco de la teoría y epistemología de texto (Bernárdez, 1995) como elementos que desafían la Inteligencia Artificial en lo que respecta a la producción escrita.

Para abordar la presencia de ChatGPT en el devenir del hombre habrá que destacar la precedencia de lo oral, donde la escritura es un producto *nuevo* si se mide con el lenguaje como tal, al que no se encuentra germen ni génesis escalonado.

De hecho, el rastreo de un protolenguaje que fuera símil de un neandertal del habla, no existe; no contamos con un diorama que avance de menos a más en la expresión histórica lingüística, por lo que aventurar hipótesis sobre el tránsito del humano que “aún no desarrolla el lenguaje” al homínido que ya habla, es insostenible: “¿Sería posible deducir el momento en que se inició el habla a partir de los registros fósiles del hombre primitivo? Se ha investigado este asunto en profundidad, pero los resultados no son concluyentes” (Crystal, 1994, pág. 290). Ante este punto ciego, la mirada científica del lenguaje se ha dirigido hacia otros intereses, como el taxonómico-evolutivo, afín al pulso decimonónico del árbol de las lenguas para desentrañar genealogías y estirpes, generalmente desde la monogénesis (tronco indoeuropeo) y claro, reactiva a la tendencia darwinista (Bierwisch, 1974). Sobra decir el volumen menor de estudios relacionados con las lenguas de América y todo Oriente.

El hombre como especie, siempre ha hecho uso del lenguaje, esta afirmación no obvia aportes como el de Diamond (1974), mientras relaciona la maduración de la laringe como resultado del balanceo del mono en las ramas de los árboles; o desde la anatomía (López García, 1988), la presencia del músculo buccinador, que rodea los labios, nos permite silbar y está ausente en los primates, sin él sería imposible realizar, por ejemplo el fonema /u/.

Ha sido atractivo “el posible grado de proximidad existente entre los diversos sistemas de comunicación de los primates y el lenguaje humano” (Akmajian, Demers, & Harnish, 1984, pág. 57) sin embargo, la complejidad de la danza de la abeja supera por mucho el repertorio de los simios, lo que aleja toda posibilidad de continuidad evolutiva del dominio lingüístico por esa vía (morfología de la masa cerebral o el caso de Washoe). Más productivo resulta referir el concepto dominio lingüístico (Maturana & Varela, 1996) como un territorio común en que confluyen todas las especies en su orientación hacia el exterior, en su interacción con los otros y sus congéneres para ejecutar mensajes desde la muy común teoría de la actividad que “puede articularse en tres aspectos: motivación, finalidad, realización” (Bernárdez, 1982, pág. 64) que en la misma cascada equivalen a necesidad □ plan □ resultado. Ahí se subraya el hecho de que los sistemas de comunicación y la inteligencia animal no son verbales siempre, pero son.

Tanto en los individuos (ontogenéticamente) como en la especie humana (filogenéticamente), como civilización, nuestro devenir ha sido más verbal que escritural: “el lenguaje es tan abrumadoramente oral que, de entre las muchas miles de lenguas —posiblemente decenas de miles— habladas en el curso de la historia del hombre, sólo alrededor de 106 nunca han sido plasmadas por escrito” (Ong, 1987, págs. 16-7); hemos destinado más tiempo a la comunicación cara a cara con espacialidad limitada y transmisión irradiada (Hockett, 1961) que escribiéndonos, es decir, sin mediación tecnológica, es posible la transmisión oral, entre dos o más individuos que tienen que estar físicamente presentes simultáneamente y en el mismo lugar, estado que remite a una condición reducida y comunitaria, no urbana ni prolija en población. Aun, habiendo sido cuestionado el modelo de rasgos de Hockett (1961) por su preminencia en la forma, constituyó un paso adelante para colocar el lenguaje como “un sistema comunicativo, dinámico, multimodal, y semióticamente heterogéneo” (Scotto, 2020, pág. 6) que para el tiempo que corre nos advierte que la escritura no es la calca de las ideas y por mucho, y a razón de sus limitaciones, los sistemas de inscripción son de poco relieve si se suma a las acciones comunicativas el componente pragma-comunicativo (Searle, 1994), o sea, las negociaciones, presupuestos y tensiones entre los sujetos del discurso cuando hablan vigorosamente y en presencia, entre ellos.

Esta acción implica que sean usuarios de una misma lengua, que compartan grados de inteligibilidad mutua (Hudson, 1981), lo que no descarta las asimetrías razonables de pertenecer o no a similar comunidad lingüística, hecho que con frecuencia se trivializa desde una aparente *homogeneidad del código* (Kerbrat-Orecchioni, 1986) imbuido de un optimismo donde “el código común sería así el del destinatario, del cual se apropiaría el emisor miméticamente [con lo que] deja de lado con demasiada facilidad las ambigüedades, las dudas y los fracasos de la comunicación” (pág. 21); ojalá comunicarse fuera automático y transparente, lo que impone el desafío de decidir por una variante del habla entre múltiples niveles de registro para que ChatGTP pueda *hablar*.

Considerar aisladamente el *código* como unidad de análisis del lenguaje es similar a arrancar de un amplio marco el insumo principal que moviliza a ChatGTP: los *promts*. Es imposible aislar un fragmento de un todo complejo y ponerlo en marcha, es como

buscar una palabra en el diccionario sin procurar su ejemplo de uso, pero aun en las subunidades de una forma vive toda la complejidad de un sistema y éstas conforman un marco mayor: el texto.

Yuri Lotman nos advierte que “la presencia de un código es considerada como algo precedente” (1993, pág. 119), afirmación que de ser parafraseada, nos lleva a tener presente que no se trata de que nuestras ideas *estén flotando en la mente* y se *plasmen* en la escritura, como si el lenguaje residiera en un dominio mental y se *materializara* en una pieza discursiva. En otras palabras, una lengua natural puede describirse por sí misma en sus elementos abstractos, a la par, y desde otra vía, dar cuenta del funcionamiento de un texto desmontando sus partes retóricas por la “presencia de una estructura inmanente específica” (pág. 123), lo que nos lleva a tener presente una interdependencia que responde a un método de abordaje, más que a una discusión ontológica, pues no son dos entes, sino dos cualidades que operan sincrónicas. Al respecto ¿con qué recursos opera el ChatGTP esta complejidad? Por lo pronto, identificamos una respuesta a comandos y una capacidad inaudita de almacenar enunciados (que no textos) que le son solicitados, ese laboratorio está en marcha.

Una vez más, es necesario retomar la interdependencia entre lo oral-escrito para dimensionar la escritura en el mapa histórico y con ello, proporcionar el impacto del ChatGTP.

Conforme se complejizaron las relaciones entre las comunidades posterior al sedentarismo, este entorno permitió un acopio de bienes para la supervivencia, con lo que fue necesario utilizar registros sobre una superficie para dejar memoria, por ejemplo, de las cabezas de ganado o de los atados de trigo. En la transición de la cultura oral a la escrita, destaca que el papel de la memoria es clave:

La capacidad de la memoria verbal, es, comprensible, una valiosa cualidad en las culturas orales. Empero, el modo como funciona la memoria verbal en la formas artísticas orales es bastante diferente de lo que comúnmente se pensaba en el pasado. En una cultura que conoce la escritura, el aprendizaje de memoria, palabra por palabra, por lo general se logra basándose en un texto, al cual la persona recurre tan a menudo como sea necesario para perfeccionar y poner a prueba el dominio literal. (Ong, 1987, pág. 62)

El traslado de esta cita a nuestro interés reside en que la escritura ha transformado la semántica del mundo de cada generación, sin soslayar que “contribuyó, entonces a descubrir formas de procesamiento, acumulación y transmisión de conocimiento” (Giraldo Giraldo, 2015) cita que impele la parcialidad ineludible de una cuestión lacerante: “¿Qué grado de detalle alcanza la representación” (Prieto, 1996, pág. 298) pues habrá que decir sin recato que la escritura como soporte, es limitada si se compara con la oralidad; no se dé por hecho que la escritura expresa diáfananamente el suceso, proceso, hecho, estado o situación de la realidad. No reside exclusivamente en la escritura el pensamiento, mucho menos, la capacidad única para pensar.

La invención de la escritura sucedió, ya se dijo, en los límites de la memoria, es decir cuando los medios corporales (usar los dedos, por ejemplo) fueron insuficientes para llevar la cuenta de lo que se poseía. Desde este punto, es innegable una relación entre la economía y los sistemas de inscripción, estado al que se ha agregado históricamente la función de ser manifestación ostensible del conocimiento en sistemas escolares.

Afirmación productiva para la discusión de este texto, pues el metabolismo del capitalismo cognitivo (Blondeau, y otros, 2004) explica un capítulo más de la referida tecnología de la palabra, donde el saber humano se metaboliza desde novedosos soportes, pero tal ánimo corre el riesgo de trivializar las limitaciones mismas de la escritura:

En cualquier caso, todos los sistemas escriturarios tienden a ser extremadamente incompletos en lo que se refiere a la notación de determinados elementos que forman parte indisoluble del discurso oral: los prosódicos (la entonación, el acento, el ritmo, las pausas), los paralingüísticos (la calidad de la voz, las vocalizaciones) y los extralingüísticos (la cinésica, la proxémica). (Prieto, 1996, pág. 306)

En efecto, la escritura no habrá de calibrarse en oposición con la expresión oral, pero el núcleo duro de esta discusión es la necesidad de ilustrar sus accidentes de superficie antes de dar por hecho que todos los sistemas de inscripción son iguales (logogramas chinos, silabogramas japoneses o escrituras fonémicas). La forma de escritura mayormente visible para el mundo occidental es alfabética, lo que ha llevado incluso al reclamo de hablar de un *alfabetocentrismo* que perciba las *otras* escrituras desde la curiosidad folclórica, cuando existen al menos 25 tipos de escritura diferentes (Catach, 1996).

Entonces, la escritura no sustituye ni *mejora* la expresión oral; tampoco es el depósito exclusivo en el que se manifiestan la complejidad del lenguaje, mucho menos es la versión “culta” o “purificada” de sus imperfecciones; revísese la categoría *muletillas*, una de las más desafortunadas metáforas que iguala en un plano la discapacidad con uno de los rasgos naturales del habla: repetir palabras para reactivar el bucle mental del discurso cuando se enuncia verbalmente.

En suma a lo ya expresado, se anticipa una tesis: si la operatividad de la IA reside en la posesión de los medios (bienes de consumo tecnológico) que permite ser usada, como consecuencia, quienes se encuentren fuera de ese circuito de consumo (Blondeau, y otros, 2004) no serán convidados a su uso y por ende, el que no se integren a la polifonía que convoca la IA, obturará el cuerpo en crecimiento que le caracteriza: el macrotexto/ discurso que se ramifica con cada *prompt*, esto es, no podrá nutrirse de esos *otros* que están excluidos de su uso.

Comentarios finales

Desde sus primeras manifestaciones, la escritura como registro de la vida humana, depósito y materia de transmisión de las experiencias y el conocimiento, es por mucho, posterior a la oralidad siempre presente.

Un antecedente insoslayable de los tiempos que se viven fue la presencia de los procesadores de palabras de primera generación: las máquinas eléctricas y posteriormente, el WordPerfect de cintilante cursor verde, que en su momento, detonaron similares expectativas de sustituir la labor humana, a la par de profecías pedagógicas de la disolución de la relación discipular en las escuelas, hechos todos, análogos al ambiente que ha generado el uso del ChatGTP para el cumplimiento de actos de escritura.

Hablar de los más cercanos precursores en la tecnología aplicada a la escritura da luz al hecho de que la carrera interminable que la ha industrializado debería colocar en el museo de la obsolescencia los hitos del pasado como algo “superado” y “anecdótico”, pero este artículo propone visibilizarlos en un continuo, donde el ChatGTP se integrará, autorregulará y generará un nuevo metabolismo con los rudimentos ya existentes.

Esta nueva vuelta de tuerca en la automatización de las palabras, frases, párrafos y textos, siempre tendrá márgenes de seguridad insondables.

La precedencia de lo oral frente a lo escrito es un pilar para calibrar su valor ante el uso de la IA en la escritura, al tiempo que, la estimación generalizada de las extensiones tecnológicas que *faciliten* las tareas escritas simplifican los dominios que atraviesa la composición de un escrito desde un reduccionismo del código, ilusión de homogeneidad retórica desde un *prompt* y ante todo, las limitaciones históricas de los desarrollos informáticos para la escritura.

La categoría *desposesión por acumulación* ha sido aplicada a distintas formas de propiedad privada, pero al ser la tecnología un artefacto que se adquiere, nos coloca en una paradoja, en tanto desde los argumentos iniciales, se ha asumido el lenguaje como un bien inherente al humano, —por lo tanto, inalienable— pero por estar su uso mediatizado por el software y aplicaciones, aquí reside la discusión central; la tecnología de la palabra que históricamente ha subsumido el ejercicio comunicativo al dominio escrito, en la medida que abre una brecha en sus condiciones de producción y circulación, condiciona la práctica social de la escritura a la posesión del bien tecnológico pero este hecho, no impide la vigorosa comunicación cara a cara, incluso en notas de voz o videollamadas; territorios de los que hemos de prescindir de la IA.

Sea el valor simbólico de la tecnología de la palabra, un continuo en el que participamos como un vector más de su sostenida e interminable historia.

Referencias

- Akmajian, A., Demers, R., & Harnish, R. (1984). *Lingüística: una introducción al lenguaje y la comunicación*. Madrid: Alianza.
- Benveniste, E. (1987). *Problemas de lingüística general I y II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berardi, F. B. (2003). *La fábrica de la infelicidad*. Madrid: Traficante de sueños.

- Bernárdez, E. (1982). *Introducción a la lingüística de texto*. Madrid: Espasa Calpe.
- Bernárdez, E. (1995). *Teoría y epistemología del texto*. Madrid: Cátedra.
- Bierwisch, M. (1974). *El estructuralismo. Historia, problemas y métodos*. Barcelona: Tusquets.
- Blondeau, O. (2004). Génesis y subversión del capitalismo informacional. En O. Blondeau, M. Dyer Whiteford, C. Vercellone, A. Kyrou, A. Corsani, E. Rullani, . . . M. Lazzarato, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva* (págs. 31-38). Madrid: Traficantes de sueños.
- Blondeau, O., Dyer Whiteford, M., Vercellone, C., Kyrou, A., Corsani, A., Rullani, E., . . . Lazzarato, M. (2004). *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Bosque, I. (1982). La morfología. En A. e. Yllera, *Introducción a la lingüística* (págs. 115-143). Madrid: Alhambra.
- Catach, N. (1996). *Hacia una teoría de la lengua escrita*. Barcelona: Gedisa.
- Crystal, D. (1994). *Enciclopedia del lenguaje*. Madrid: Taurus.
- Diamond, A. (1974). *Historia y orígenes del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Fuentes, C. (1999). *La organización informativa del texto*. Madrid: Arco Libros.
- Gaur, A. (1990). *Historia de la escritura*. Madrid: Fundación Sánchez Ruipérez.
- Gelb, I. J. (1976). *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza.
- Giraldo Giraldo, C. (2015). Ciencia, Tecnología y Escritura. El Encuadre Científico de la Expresión

Escrita. *Praxis y Saber*, 67-86.

Gómez, F. (2013). El deslizamiento alfabético y la tecnoescritura. *Revista de Educación y Desarrollo*, 5-11.

Haidar, J. (2000). El poder y la magia de la palabra. El campo del análisis del discurso. En N. Del Río-Lugo, *La producción textual del discurso científico* (págs. 33-65). México: Universidad Autónoma Metropolitana .

Hockett, C. (1961). Linguistic Elements and their relation. *Scientific American*, 89-97.

Hudson, R. (1981). *La sociolingüística*. Barcelona: Anagrama.

Jakendoff, R. (1990). *Semantic Structures*. EU: Mit Press.

Kerbrat-Orecchioni, C. (1986). *La enunciación. De la subjetividad del lenguaje* . Buenos Aires: Hachette.

Lakoff, G., & Johnson, M. (1995). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Alianza.

Lara, L. F. (1997). *Teoría del diccionario monolingüe*. México: El Colegio de México.

Leech, G. (1977). *Semántica*. Madrid: Alianza Editorial.

López García, Á. (1988). *La psicolingüística*. México: Síntesis.

Lotman, Y. (1993). El texto en el texto. *Criterios*, 117-132.

Maturana, H., & Varela, F. (1996). *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate.

Mejía, M. R. (2022). Las prácticas, las experiencias, las acciones como lugares epistémicos. En búsqueda de otras metodologías. En C. Rodrigues Brandão, B. Berlanga Gallardo, D. Hugo Suárez, E. Espejo Ayca, A. Isabel Mora, L. Cendales González, . . . M. R. Mejía Jiménez, *Investigar desde el Sur. Epistemologías, metodologías y cartografías emergentes* (págs. 15-78). Bogotá: Planeta Paz.

- Ong, W. J. (1987). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México: FCE.
- Prieto, C. E. (1996). Partiendo de lo escrito. Reflexiones sobre la investigación lingüística histórica. En N. Catach, *Entrialgo AO LVIII* (págs. 295-318). Bracelona: Gedisa.
- Scotto, S. C. (2020). El lenguaje humano: ¿una estructura más un código o un sistema comunicativo dinámico, multimodal y semióticamente heterogéneo? *Revista de Investigación Filosófica*, 3-29.
- Searle, J. (1994). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- van Dijk, T. (1983). *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI.
- van Dijk, T. (1998). *Texto y contexto*. Madrid: Cátedra.
- Yehya, N. (2008). *Tecnocultura: el espacio íntimotransformado en tiempos de paz y guerra*. México: Tusquets.
- Zavala, V., Niño-Muercia, M., & Ames, P. (2004). *Escritura y sociedad*. Perú: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Flor Alejandra Gómez Contreras

Instituto Superior de Investigación y Docencia para el Magisterio (ISIDM)

Secretaría de Educación Jalisco

flor.gomez@academicos.udg.mx

<https://orcid.org/0000-0002-6343-9673>

Es Licenciada en Letras, Maestra en Lingüística Aplicada y Doctora en Pedagogía Crítica, todas por la Universidad de Guadalajara y el Instituto McLaren, es profesora investigadora en la Universidad de Guadalajara, adscrita al Departamento de Lenguas Modernas. Además, imparte clases en el Instituto Superior de Investigación y Docencia para el Magisterio (ISIDM), en materias relacionadas con la escritura y el análisis del discurso. Ha dictado talleres de redacción académica en diversos posgrados, incluyendo el Doctorado en Biotecnología en Plantas (Cinvestav-Politécnico Irapuato), Maestrías en Dirección de Mercadotecnia y Tecnología de la Información (CUCEA), Maestría en Nutrición Humana y Doctorado en Inmunología y Neurociencias (Centro Universitario de Ciencias de la Salud), Maestría en Enfermería (Universidad Autónoma de San Luis Potosí), y el Doctorado en Gestión de la Educación Superior (CUCEA).

Fundadora del proyecto “Español para Todos, A.C.”, la profesora forma docentes para la enseñanza del español a extranjeros y ofrece cursos de redacción adaptados a diversas necesidades. También ha diseñado un método de didáctica de la escritura basado en el análisis de errores, la teoría del texto y los modelos psicobiológicos.